



Mar: Ceguera y miedo

*Antes que el sueño (o el terror)
tejiera mitologías y cosmogonías,
antes que el tiempo se acuñara endías,
el mar, el siempre mar, ya estaba y era.
Jorge Luis Borges*

Por su hermosura, por sus movimientos, o quizás por su fuerza o por su vigor, entre personas de mar como marineros y pescadores, es frecuente el empleo de un artículo femenino para referirse a la palabra mar, recurso que también abunda en poesía. En mi calidad de hombre de mar, este ensayo no será una excepción y a modo de homenaje para todo aquel que practica y profesa el cuidado y respeto de los océanos, en adelante me referiré a la Mar.

Desde que tengo recuerdos, estoy conectado a la Mar, por la razón que sea, siempre ha sido así. Rememorando mi pasado, logro divisar una etapa en la que esta gran masa de agua salada infundía terror en mí. Esa magnitud, esa inmensidad, esa fuerza me superaba, hacía que perdiera la estabilidad y me dirigía, inexorablemente, hacia el miedo. Poco a poco, esta emoción fue transformándose en un intenso e intranquilizante nerviosismo, tal vez por desconocimiento. Persistía la inseguridad, que, aunque carecía de la inmovilidad que me provocaba el miedo de los inicios, me incomodaba profundamente. Superado este estadio, una vez adquirida la edad y la confianza suficiente, reconocí este espacio como una suerte de madre protectora y proveedora de vida. Y el miedo y el nerviosismo incómodo mutaron a respeto absoluto.

Cómo no respetar esta inmensidad de aguas interconectadas que cubren más del 70% de la superficie de la Tierra. Este mundo acuático ha sido, desde que el hombre es hombre, motivo de curiosidad, fuente de sobrevivencia y abastecedor de material de uso doméstico. La Mar ha sido recorrida y explorada desde la antigüedad tras incansables búsquedas de nuevos mundos y de respuestas acerca de tanto misterio. Incontables son los mitos, en todas las culturas, que explican el origen de las aguas en constante movimiento, los maremotos, la existencia de fauna y flora marina y la condición divina de la Mar que cobija dioses, custodios y guardianes. El estudio científico de los océanos se remonta al siglo XVIII y el resultado de ello nos informa sobre un mundo que, hasta hoy, es tremendamente desconocido. Pese a esto y al indiscutible valor e importancia que actualmente reconocemos en la Mar, a pesar de todos sus beneficios, es uno de los espacios más contaminados del

planeta, será tal vez por su inmensidad que tendemos a pensar que no se causa un real impacto o quizás, simplemente es porque aún el daño, aparentemente invisible, parece insuficiente para internalizar la necesidad urgente de respetarla. Parece que nos confundimos, que creemos ser una especie poseedora de la naturaleza, administradora y manipuladora de ella. Parece que hemos olvidado nuestros inicios y actuamos como si no fuéramos pequeños integrantes, sino poderosos dueños irresponsables y déspotas con aquello que nos da la vida misma.

Cómo no respetar la Mar y su enigmática existencia. Sabemos que los océanos se conforman por estratos, según su profundidad, cantidad de luz, cantidad de vida y otras variables. El agua abarca unos 361 132 000 km², donde el punto más profundo se encuentra en la Fosa de las Marianas con unos 11 050 metros. Alberga en su interior una gran cantidad de vida, diferentes tipos de especies de todas formas y colores, desde la ballena azul con 30 metros de largo, hasta microorganismos en suspensión bioluminiscentes. Donde la simbiosis, es decir la ayuda mutua o la obtención de beneficios entre especies, es elemental.

La primera vez que me sumergí en ella me impresionó la profundidad. Aunque solo descendí cinco metros, la sensación, quizás guiada por el nerviosismo y la emoción, fue la de haber recorrido muchos metros más y que jamás habría fin. Si alzo la mirada veo la infinitud de los cielos y cuando la bajo, encuentro lo mismo en la Mar.

Es esa misma emoción la que ha sido permanente fuente de pasión e inspiración en las personas amantes de la Mar. Los océanos son elemento fundamental-vital y lo han sido desde la aparición de la vida en el planeta, pasando por toda la historia de la humanidad.

¿Cómo rebatir o estar en desacuerdo sobre la importancia de cuidar la Mar? Ni el miedo en las civilizaciones antiguas, ni el merecido respeto que demostraron las culturas ancestrales lograron derribar en una necesidad humana de cuidar la Mar. ¿Qué fue lo que sucedió? ¿Qué hizo que se evaporara, como agua, ese sentido de respeto, esa contemplación y admiración que merece la Mar? ¿Qué explicación nos hace justificar que comenzáramos a destruir poco a poco uno de los elementos más cruciales para nuestra vida? ¿Qué es lo que desencadenó nuestra autodestrucción? ¿Qué explicación esperanzadora podría ilusionarnos para creer que cambiaremos de actitud?

Remontémonos al periodo en el que el mundo era poblado por grupos móviles de cazadores-recolectores, es decir, nómadas, época en la que naturaleza, y por ende la Mar, convivían con el hombre. La sobrevivencia era el motor y las necesidades humanas eran básicas. Vivían de lo esencial, no acumulaban, no se aprovechaban y solo consumían lo preciso. Si seguimos avanzando por la línea de tiempo encontramos que, en cierto punto, estos mismos grupos comenzaron a desarrollar la agricultura y, por ende, tuvieron que asentarse iniciándose entonces la cultura de la acumulación. Estos pueblos descubrieron que era más cómodo o mejor estrategia, acumular y guardar. Quienes se establecieron en territorios costeros aprendieron a pescar grandes cantidades de peces, moluscos, algas y a utilizar conchas y material orgánico de la flora y la fauna marina para diversos usos. Pese a esto, en este periodo, esta práctica no generaba grandes impactos en la naturaleza o en la Mar, simplemente por la carencia de tecnología a grandes escalas, pero el sentido de aprovechamiento y acumulación ya estaba desarrollado, aunque siempre con respeto, pues no había forma de explicar tormentas o desabastecimientos, por lo tanto, había que hacer todo bien, para que la naturaleza (o la Mar) no castigara. Luego de varios siglos, el desarrollo de las civilizaciones condujo al perfeccionamiento inagotable de técnicas de caza y pesca donde el interés fue centrándose en las técnicas mismas, olvidándose el hombre de su calidad de integrante de la naturaleza y creyendo ser más bien dueño de ella. Llegamos al momento en que la sociedad comenzó a industrializarse. La revolución industrial de 1970 dio paso a la modernización tecnológica y entonces consolidamos la vanidad y la ambición pasando a una falsa conciencia de

poderosos dueños del mundo, de la tierra y la Mar. Comienza también el deterioro de la Mar, pues el hombre comenzó a crecer, comenzó a desarrollar tecnologías efectivas y con esto comenzó a alimentar el sentimiento de ser todopoderoso. Si alguna vez hubo respeto, aunque fuera generado por el miedo a lo desconocido, a su inmensidad, a su potencia, hoy, el desarrollo humano va de la mano con la pérdida de ese respeto. Tal vez, en aquel momento histórico aún no existía un conocimiento concreto sobre qué consecuencias traería esta falta de consideración, aunque tampoco era algo de gran interés ni motivo de debates éticos o dedicados estudios académicos. Recién en el siglo XX, se comenzó a pensar en que quizás todos estos avances, todo este gran esplendor del hombre traía consigo perjuicios gigantescos, y, en efecto, la necesidad de legislar por el medio ambiente comenzó durante la década de los 70, es decir, hace apenas cincuenta años comenzamos a conversar sobre el cuidado por la naturaleza, por la Mar, pero ya no movilizamos por el miedo a lo misterioso que surge de la admiración hacia la inmensidad, sino porque los efectos de la destrucción nos asustó y nos hemos visto obligados a tener que pensar y repensar, legislar, estudiar, investigar, limpiar. Nos dimos cuenta de que estábamos destruyendo el planeta y que el aprovechamiento descriteriado de todos los recursos naturales trae consecuencias irreversibles que destruyen el hábitat que nos permite vivir.

Los procesos son lentos, pareciera que gracias a la destrucción y sus consecuencias podemos recién aprender. Una de las figuras más relevantes en este sentido, que ha permitido despertar esta conciencia aportando con conocimientos acerca de la Mar, ha sido el explorador Jacques-Yves Cousteau, quien fue una de las primeras personas en defender el ecosistema acuático de la contaminación y que divulgaba este sentimiento a través de sus exploraciones que eran emitidas por televisión con el nombre de "El Mundo Submarino de Jacques Cousteau". Él, un científico aventurero, se lanzó a la Mar y la conoció desde adentro para mostrarle al mundo la urgencia de volver al respeto. Hizo visible los océanos, hogar de tantos seres vivos vulnerables y que estaban desprotegidos y amenazados por nosotros. Jacques Cousteau fue un hito en las décadas de los 70-80, pues mostró al mundo entero lo que, hasta el momento, había sido invisible y, por lo tanto, inexistente. Sin embargo, pareciera que todo aquello que está lejos de nuestros ojos, no nos importa lo suficiente para lograr cambios profundos en nuestras costumbres y modos de vivir. Pareciera que los avances científicos y la información que está al alcance del mundo humano, no es suficiente aún y tal vez ya es demasiado tarde.

Cómo no sentir miedo hoy si sabemos que en todos los océanos existen islas de basura, es decir zonas cubiertas de desechos en movimiento constante y en perfectas condiciones para matar todo tipo de ser vivo necesario para el ecosistema. Estas islas de basura alteran la salinidad y la temperatura del agua, provocando inimaginables efectos nocivos en la Mar y el entorno marino. Y seguimos eligiendo la ceguera. La Mar controla el clima, pero no nos importa ensuciarla. La Mar es fuente de oxígeno para la tierra pues el fitoplancton, organismo unicelular que flota por en los 200 primeros metros de profundidad, generando aproximadamente el 75% del oxígeno que se libera cada año a la atmósfera. Pero no lo vemos.

Si alteramos a los océanos, si alteramos este entorno tan valioso, conseguiremos alterarnos a nosotros mismos y hacer de nuestro hábitat un lugar hostil para tantas especies. A partir de la modernización de la sociedad y la falta de conciencia, nos acercamos aceleradamente a una situación de vulnerabilidad que va, probablemente seguida de autodestrucción

Pero no todo es terrible porque el miedo ha regresado. El miedo vuelve como nunca antes se había presentado, miedo a que la Mar deje de funcionar, deje de albergar a la biodiversidad, traiga pobreza y muerte. Si el miedo nos puede frenar, todos mis respetos al miedo.

Hoy tengo 17 años y finalizo volviendo a señalar que la Mar es una masa de agua, que cubre gran parte de nuestro planeta, que ha sido espacio creador y generador de vida. La Mar nos ha

beneficiado desde que llegamos al planeta, nos ha dado alimento, nos ha dado rutas para conquistar territorios, nos ha dado el oxígeno y nos regula el clima.

La Mar, ancestralmente temida por sus misterios aterradores, que solo dioses podían conocer, fue revelándose y al mostrarnos poco a poco sus riquezas, fue también, poco a poco que la fuimos despojando y ensuciando. La Mar es el 70% del planeta y no lo vemos. Somos ciegos al 70% de nuestro hogar.

El miedo ancestral desapareció con la llegada del conocimiento. Hoy confío en que la Mar, que nos asusta con la amenaza de dejarnos sin hogar, nos permita ir dejando la ceguera atrás.